

IV. Medio ambiente, recursos naturales y salud

4.1. Ecología en la Antigua Grecia

Diego Chapinal-Heras

4.1.1. La Naturaleza, morada de los dioses

Los antiguos griegos veían la Naturaleza como el lugar donde vivían sus dioses. Los manantiales, los bosques, los ríos, las montañas, los animales... Los helenos identificaron todos estos elementos con diferentes divinidades. Por ejemplo, Zeus y Deméter contribuyendo a que las cosechas fueran buenas (Texto 1). Esta percepción de la Naturaleza como un espacio protegido por los dioses llevó a los griegos a considerarla algo sagrado. De entre todas las divinidades, la mayor protectora de la Naturaleza era Ártemis, la diosa cazadora por excelencia. Su territorio principal eran los montes y bosques (Fig. 61).

Los filósofos fueron los primeros en plantearse la relación de los seres vivos con su entorno natural. Pitágoras, por ejemplo, opinaba que todas las criaturas vivas, incluido el ser humano, estaban relacionadas y tenían un origen y lazos comunes. Sus seguidores, conocidos como los pitagóricos, trataban con bondad a los animales. No consumían carne procedente de los sacrificios y tenían costumbres vegetarianas. Por su parte, Aristóteles, con una visión muy antropocéntrica, defendía que la Naturaleza estaba al

Cómo citar: Chapinal-Heras, Diego. «Ecología en la Antigua Grecia». En *La Antigua Grecia hoy. De la ciudadanía y sus límites al «desarrollo sostenible»*, editado por Miriam Valdés Guía y Fernando Notario Pacheco, 291-299. Madrid: Ediciones Complutense, 2024. <https://dx.doi.org/10.5209/div.018.17>



Fig. 61. Ártemis. Fuente: Pixabay.

servicio del ser humano (y más concretamente, del hombre). Por el contrario, Teofrasto, discípulo de Aristóteles, sostenía que la Naturaleza tenía su propia razón de ser; era autónoma respecto a la especie humana, aunque estaba interrelacionada con ella.

4.1.2. La madera y los bosques

Uno de los mayores problemas medioambientales en la antigua Grecia fue la deforestación. Esto además tenía como consecuencia una mayor erosión de los suelos. Son muchos los escritores antiguos que describen zonas de bosque que con el tiempo habían dejado de serlo. A veces las zonas boscosas se talaban para

aprovechar su madera, siendo la construcción de barcos una de las principales finalidades. Barcos para desplazarse, comerciar y, quizá con demasiada frecuencia, luchar (Fig. 62). Pero también se talaban amplios territorios arbolados para conseguir más terrenos de cultivo. Platón, en su diálogo *Critias*, critica la deforestación de la península del Ática (Texto 2).



Fig. 62. Trirreme griego. Deutsches Museum, Múnich, Alemania.
Fuente: Wikimedia Commons.

La ganadería intensiva favoreció la deforestación de muchas áreas, que fueron reconvertidas en pastizales. La cabra es de hecho el animal más destructivo, por su gran capacidad para comerse todo. Precisamente en Grecia los rebaños de cabras constituían un pilar fundamental en la economía. Aparte, los incendios, provocados por el ser humano o generados por la actividad natural (rayos, erupciones volcánicas), devastaban igualmente grandes extensiones boscosas. El reino antiguo de Macedonia, situado en el norte de Grecia y el lugar donde gobernaron Filipo II y Alejandro Magno, era famoso por sus grandes bosques y la buena calidad de su madera. Precisamente, en un famoso discurso que Alejandro dio a sus tropas durante su campaña en Asia, aludió a la condición de pastores de parte de la población macedonia, an-

tes de convertirse en un reino tan poderoso y civilizarse (Texto 3). Esta afirmación en realidad es exagerada, pero es un fiel reflejo de la importancia que tuvo la ganadería.

4.1.3. La sobreexplotación animal

Conforme pasaron los años, la fauna fue retrocediendo en el Mediterráneo, llegando a extinguirse muchas especies. De hecho, la deforestación influyó mucho también. La acción destructora del ser humano provocó que el ecosistema se simplificara y fuera más vulnerable, con menos medios para restaurar su equilibrio. De este modo, la fauna fue reduciéndose no solo por acción directa del hombre (caza, pesca, sacrificios), sino también por no poder adaptarse a las nuevas condiciones de su entorno.

La caza fue una actividad muy extendida, sirviéndose también para ello de perros (Texto 4). Cuando se practicaba como ocio, subrayaba la jerarquía social y el pertenecer a las clases altas. Un ejemplo de medida que podemos entender como «proteccionista» era la prohibición de cazar a los animales que vivían en las zonas de los santuarios, al estar conectados con los dioses. La hecatombe, por su parte, consistía en sacrificar cien bueyes, un claro ejemplo de sobreexplotación animal (Fig. 63). Este tipo de celebración se daba únicamente en grandes eventos, ya que era muy costoso. A la larga, la sobreexplotación animal perjudicó al ser humano. Por ejemplo, al cazar a gran parte de los depredadores, estos ya no se alimentaban de roedores, los cuales proliferaban y devoraban muchas cosechas.

Los animales también fueron objeto de estudio para algunos intelectuales. Aristóteles fomentó la creación del Museo, en Alejandría, que disponía de ejemplares de pitones, chimpancés, búfalos indios y africanos, jirafas y hasta un oso polar. Podemos imaginarlo como una especie de zoo antiguo. Una parte considerable de estos ejemplares los consiguió gracias a las campañas en Asia de quien fuera su pupilo en la juventud, Alejandro Magno.



Fig. 63. Friso del Partenón de Atenas representando a bueyes preparados para ser sacrificados. Ref. Bloque S XLVI. Fuente: fotografía del autor.

4.1.4. Ecología urbana

Una de las características principales de la cultura griega es el desarrollo de la polis, la ciudad-estado. Fueron muchos los grandes centros que proliferaron en el territorio griego y que, especialmente en época helenística, experimentaron un gran crecimiento. Como es de esperar, aquellas grandes aglomeraciones urbanas impactaron negativamente sobre su entorno natural y sus recursos faunísticos y vegetales, alterando el equilibrio de los ecosistemas y generando diversos problemas ecológicos urbanos.

La contaminación era alta. Como para el calor, para la cocina y la iluminación se dependía de antorchas o braseros de carbón, y los humos producían a menudo una atmósfera irrespirable. El ruido es otra forma de contaminación, con los incesantes ruidos urbanos, causados por la gente, los carruajes, los talleres, etc. Dichos talleres, que producían cerámica, ladrillos, tejas, vi-

drio, mortero y fertilizantes, entre otros, consumían muchos recursos, especialmente madera. Además, muchos de ellos vertían productos químicos en el agua.

Los residuos generados por las personas y los animales también debían ser evacuados. Pero de este tipo de problemas se podía sacar beneficio, en realidad. El oficio del *koprologos* consistía precisamente en gestionar los recursos orgánicos, principalmente las heces fecales de los habitantes de la ciudad, para aprovecharlas como estiércol (Texto 5). Este negocio, que generaba bastantes beneficios, ayudaba a sanear la ciudad. También es importante tener en cuenta que había muchos parques y jardines en las ciudades griegas antiguas, lo que indica la valoración de los espacios verdes como pulmones urbanos. Sabemos, por ejemplo, que Cimón, político del s. v, abrió sus jardines o campos al público (Texto 6).

Textos

Hesíodo, *Trabajos y días*, 465-489 (Trad. A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez) (Texto 1)

Suplica a Zeus Ctonio y a la santa Deméter que, al madurar; hinchen el sagrado grano de Deméter, cuando inicies las primeras tareas de la labranza y con el puño de la mancera en la mano piques con el aguijón el lomo de los bueyes, que arrastran la clavija del yugo; detrás el pequeño esclavo dará trabajo a los pájaros enterrando las semillas con la azada. Pues una buena organización es lo mejor para los hombres mortales y una mala organización lo peor. Así las espigas se inclinarán con fuerza hacia el suelo si luego el mismo Olímpico concede una buena maduración. Entonces podrás quitar las arañas de las jarras y espero que te alegrarás al coger el trigo que hay dentro. Si tienes en abundancia llegarás a la blanca primavera sin necesidad de mirar a otros; sino que otro hombre tendrá necesidad de ti. Si aras la tierra con el solsticio, recogerás agachado tan poca cosecha

que la abarcarás con la mano atando los haces cubierto de polvo sin ninguna alegría; te los llevarás en una cesta y pocos serán los que te admiren. Distinta es en cada ocasión la voluntad de Zeus portador de la égida, y difícil para los hombres mortales conocerla. Si te retrasas en arar, este puede ser tu remedio cuando el cuchillo cante por primera vez entre las hojas de la encina y alegre a los hombres sobre la tierra sin límites entonces ruega a Zeus que haga llover al tercer día y no pare hasta que el agua ni sobrepase la pezuña del buey ni quede por debajo.

Platón, *Critias*, 111b-c (Trad. M.^a A. Durán y F. Lisi Bereterbide) (Texto 2)

En comparación con lo que había entonces, lo de ahora ha quedado, tal como sucede en las pequeñas islas, semejante a los huesos de un cuerpo enfermo, ya que se ha erosionado la parte gruesa y débil de la tierra y ha quedado solo el cuerpo pelado de la región. Entonces, cuando aún no se había desgastado, tenía montañas coronadas de tierra y las llanuras hoy de suelo rocoso estaban cubiertas de una capa fértil.

Arriano, *Anábasis*, 7.9.2 (Trad. A. Guzmán Guerra) (Texto 3)

Ante todo, comenzaré mis palabras refiriéndome, como es natural, a Filipo, mi padre. En efecto, Filipo os encontró siendo unos vagabundos indigentes: muchos de vosotros, mal cubiertos con unas burdas pieles, erais pastores de unas pocas ovejas allá en los montes, ovejas que teníais que guardar (y no siempre con éxito) de los ilirios, tribalos y vuestros vecinos tracios. Fue Filipo quien os facilitó clámides en vez de vuestras toscas pieles, os bajó del monte a la llanura, os hizo contrincantes capaces de pelear con vuestros vecinos bárbaros, de suerte que pudiérais vivir confiados, no tanto en la seguridad de vuestras fortalezas del monte, como en la capacidad de salvaros por vuestros propios méritos. Os hizo habitar las ciudades y os proporcionó leyes y costumbres en extremo útiles.

Aristóteles, *Investigaciones sobre los animales*, 9.608a, 27-33 (Trad. J. Pallí Bonet) (Texto 4)

De los perros que se crían en el país de los molosos, la variedad que sirve para la caza no se distingue en nada de la de los demás países, pero la que acompaña a las ovejas destaca por su tamaño y por su valentía contra las fieras. El cruzamiento de estas dos razas, es decir, el cruzamiento entre los perros molosos y los de Laconia, produce perros notables por su coraje y laboriosidad.

Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, 50.2 (Trad. M. García Valdés) (Texto 5)

Y diez inspectores urbanos de estos, cinco desempeñan el cargo en el Pireo, y cinco en la ciudad, los cuales vigilan a las flautistas, a las tañedoras de lira y a las citaristas, para que no cobren más de dos dracmas como salario, y si varios quieren conseguir la misma, ellos la echan a suertes y la ponen a sueldo de aquel a quien corresponda. Cuidan también de que ninguno de los basureros [koprologoi] eche la basura a menos de diez estadios de la muralla.

Plutarco, *Cimón*, 10.1 (Trad. J. Cano Cuenca, D. Hernández de la Fuente y A. Ledesma) (Texto 6)

Como Cimón fuera ya rico a causa del buen éxito de la expedición, de la que parecía haber sacado un buen provecho de los enemigos, esto le granjeó aún más el favor de los ciudadanos. Pues abrió las cercas de sus campos para que se permitiera a los extranjeros y a los ciudadanos necesitados servirse enteramente de sus frutos, y preparaba diariamente en su casa una mesa frugal, pero suficiente para muchos, a la cual el menesteroso que lo necesitara podía acudir y hallar sustento sin tener que trabajar, dedicándose solo a los asuntos públicos.

Para profundizar

Gallego, Julián, ed. *El mundo rural en la Grecia Antigua*. Madrid: Akal, 2003.

Hughes, J. Donald. *La ecología en las civilizaciones antiguas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económico, 1981.

Kwiatkowska, Teresa, Issa, Jorge y Piñón Gaytán, Francisco. *Mundo antiguo y naturaleza*. Ciudad de México: Plaza y Valdés, 2001.

Owens, E.J. «The Koprologoi at Athens in the fifth and fourth centuries B.C.». *The Classical Quarterly* 33 (1983): 44-50.

Rodríguez Neila, Juan Francisco. *Ecología en la Antigüedad Clásica*. Madrid: Arco Libros, 1996.